





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-100-9

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Octubre 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Gabriela Tamariz

Ilustración: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Oswaldo Reyes

Diagramación: Diana Novillo

Autoría de actividades: Gaby Rodríguez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Te acompañará el viento

Edna Iturralde



loqueleto





**Dedicatoria**

*A los niños y niñas chagras,  
campesinos de los Andes ecuatorianos,  
que cada día cantan a la vida y a la tierra.*

*Y a Raúl Guarderas,  
caballero soñador y chagra por excelencia.*

**Agradecimiento**

*A don Félix Esteves,  
guardián de memorias y de historia.*



Manuel .....	11
En un lugar de Machachi .....	19
Sorpresa en la capilla .....	28
Pedro y Perico .....	35
Momitila .....	41
Se decide un viaje .....	50
En la Feria de Saquisilí .....	56
Los prisioneros .....	66
Perico se pierde en Pujilí .....	73
El toro rabón .....	81
Luna llena en Latacunga .....	90
La tunda de Ambato .....	101
La Mula Campanillera .....	109
El rodeo .....	118
Fuego en la capilla .....	129
Rescatado por gigantes .....	138
Lorenzo, el gitano .....	145
Sorpresa debajo de una cama .....	151

En la habitación secreta .....	157
Aviso a tiempo .....	165
El último en reír .....	169
El misterio del poncho .....	179
Biografía .....	189
Cuaderno de actividades .....	191



A Manuel lo trajo don Medario dentro de una canasta de mimbre, envuelto en un poncho rojo de lana. Tenía apenas pocos días de nacido y había llorado de hambre todo el largo viaje que, en aquel tiempo (hace más de cien años), hacía la diligencia desde Riobamba hasta el pueblo de Machachi con destino final a la ciudad de Quito.

11

Don Medario contaba que había encontrado a la criatura durante una noche de luna cuando cruzaba el páramo de Milines, camino a una hacienda donde llevaba a vender algunos de sus caballos. Decía que, al escucharlo sollozar en medio del chaparro (la vegetación del páramo), sintió miedo porque pensó que era el *huñaguilli*, el alma de un niño sin bautizar, abandonado por su madre, que se esconde en la neblina para atacar a sus víctimas.

Don Medario iba solo. Picó espuelas a su caballo con intenciones de salir a todo galope, pero el

animal se encabritó, lo lanzó al suelo y salió desbocado. El hombre trató de alejarse mientras los lloros se convertían en berridos. Sin embargo, no lo hizo y volvió sobre sus pasos.

Entre los pajonales halló a Manuel, que gritaba con sus pequeños puños cerrados, «peleando contra la niebla», diría luego don Medario. Al verlo por primera vez, le entró terror. Esa criatura era blanquita y, a la luz de la luna, su cuerpecillo desnudo se veía aún más pálido, como el de un fantasma. Bueno, un fantasmita porque era muy pequeño. Estaba debajo de una extraña tela de seda, amarrada por los extremos a un matorral, y encima de un poncho rojo, el mismo en el que don Medario lo envolvería para llevárselo, porque más pudo su buen corazón, al hallarlo así tan indefenso y abandonado, que el miedo supersticioso que sentía.

Don Medario lo condujo a su chacra, a las afueras del pueblo de Machachi. Lo primero que hizo fue ir donde su compadre Lucho a comprar una oveja con cría para que amamantara a Manuel con su leche. La oveja se llamaba Domitila, nombre que fue cambiado por el niño, cuando comenzó a hablar, a Momitila. Cuando su cría creció, ella volcó su corazón ovejuno en el huérfano y lo amaba con todas las fuerzas de sus treinta kilos de carne y lana.



De este amor maternal, el único que conoció Manuel, decían que surgió su capacidad para entenderse con los animales, pues no había potro, por chúcaro que fuera, que no entrara en razón cuando el niño le hablaba suavemente. Fue así como domó a Relámpago, un caballo bayo con la crin y la cola negras (al que nadie había podido someter) que se convirtió en su fiel compañero. Don Medario, por su parte, a pesar de que nunca permitió al niño llamarlo *papá*, lo quería como si fuera su propio hijo y así lo había cuidado durante aquellos trece años.

—Tú eres chagra, hijo de chagra, como yo y mi finado padre —y aquí don Medario se santiguaba y, luego de un apresurado *quedescansenpaz*, continuaba con alguna recomendación para que Manuel aprendiera o recordara algo importante—. El chagra es un ejemplo por su trabajo, su tesón, por su cantar diario a la vida y al campo. Ser chagra es algo que se lleva muy adentro: en tu alma, el espíritu de las montañas, de los cerros, de los volcanes, de los ríos y del páramo; en tu corazón, el amor a la tierra para sembrarla, cuidarla y cosecharla; en tus manos, el trabajo que nos ennoblece; en tu espíritu, el honor; en tus labios, la sonrisa, incluso en medio del dolor...

—No solo una sonrisa, don Medario, ¡hay que poder reír a carcajadas como los caballos!

Y Manuel lanzaba una serie de relinchos perfectos, mirándolo con sus ojos claros y burlones. Don Medario le daba un par de coscachos cariñosos en la cabeza, acusándolo de falta de seriedad mientras trataba de ocultar una sonrisa. El sabía que los chagras, los hombres y mujeres que viven y trabajan en el campo de la serranía, llevan el buen humor en la piel.

Machachi era una aldea pintoresca, de casas con paredes blancas y techos de tejas, situada en un valle del mismo nombre que, según los entendidos, significa 'tierra grande regada por agua', en el idioma de los panzaños, sus pobladores originarios. La verdad era que esta denominación le quedaba perfecta a la región, puesto que varios eran los ríos que corrían por allí y no menos las corrientes de aguas subterráneas que brotaban por cualquier lado. Como en otros pequeños pueblos andinos de aquella época, la plaza, la capilla y la escuela, las casas del cura párroco y del intendente político y el taller del herrero constituían el centro de la población.

La iglesia, apenas remodelada, era famosa por la imagen del Señor de la Santa Escuela, venerada en todo el valle. Relataba la leyenda que hace mucho tiempo, allá por 1675, en un día lluvioso de invierno, arribaron



tres mulas por un sendero angosto llamado Camino Viejo. Dos de ellas continuaron su viaje y la tercera, que cargaba dos fardos grandes asegurados con cinchas de metal, fue directo al patio de la pequeña escuela y se acostó allí. Como a la mañana siguiente la mula permanecía en el mismo sitio, los estudiantes, compadecidos, decidieron descargar los fardos y guardarlos dentro de la escuela hasta que alguien los reclamara. Apenas el animal se sintió libre, desapareció sin que nadie pudiera decir qué rumbo había tomado, simplemente se esfumó.

Al cabo de tres días, las monjas llamaron a las autoridades para que abrieran los fardos. El teniente político y el cura párroco llegaron juntos y, en medio de la sorpresa de todos los vecinos, encontraron, dentro de un fardo, la figura tallada en madera de un Cristo sentado y, en el otro, la vestimenta de la imagen con túnica y capa. La primera capilla fue una choza de techo de paja donde se quedó el Señor de la Santa Escuela, como llamaron a la imagen, para gusto y alegría de todos los chagras del valle de Machachi, porque ya tenían «Señor propio».

En la época de Manuel, la escuela estaba dirigida por una monja española algo mayor y de voluntad férrea, sor Carmencha, y tres hermanas, bastante jovencitas, vecinas del lugar.

Tanto le gustaba el Cristo a sor Carmencha que mandó tallar una imagen igual con la intención de enviarla a España a su convento. La nueva escultura era casi idéntica a la primera, a excepción de los ojos que, por mejor hacer, el tallador los había colocado de vidrio azul transparente. Como a la monja no le gustó este cambio, encargó la imagen al señor párroco para que la pusiera en la pequeña sala de la casa parroquial hasta que decidiera qué hacía con ella.

La educación de Manuel había comenzado cuando cumplió los once años por insistencia de sor Carmencha, quien un día se apareció sobre su mula en la chacra de don Medario a exigir la asistencia del muchacho, larguirucho y flaco, a su escuela.

Así el chico aprendió a leer, escribir, sumar, restar y dividir, además Catecismo e Historia Sagrada. También algo de Geografía, un poco de Historia y mucho de un relato de las aventuras de un loco llamado don Quijote, que recorría a caballo su tierra, la Mancha, en España, creyéndose caballero andante, acompañado por Sancho Panza, su escudero, que iba montado en un burro. Don Quijote peleaba contra molinos de viento al confundirlos con gigantes, liberaba gente, luchaba contra la injusticia y arreglaba entuertos (palabra que Manuel aprendió que

significaba 'ofensas' y que no se refería a un problema de los ojos), todo en homenaje a Dulcinea, su novia.

18 Esos episodios maravillosos salían de un libro, perteneciente a sor Carmencha, con ilustraciones detalladas que daban fe de la veracidad de los relatos que surgían, en la voz de la monja, a borbotones, igual que las aguas subterráneas del valle, o cadenciosos, como las de los ríos en verano. Las palabras rodaban por el suelo de tierra, subían por las paredes y se enrollaban en los mecheros hechos de lata que iluminaban la clase en las tardes grises; flotaban, bajaban y se introducían en la imaginación de los niños que las escuchaban boquiabiertos, aunque en nadie tenían un efecto tan parecido al de un elixir mágico como en Manuel. Él sentía que su alma se marchaba y viajaba en aquellas regiones lejanas, por caminos y posadas, junto con el loco y su ayudante.

Tanto le gustó esa aventura que aprendió a leer únicamente con la finalidad de seguir el relato por su cuenta. Entonces, se sentaba en la última banca de la capilla con el libro prestado abierto en sus rodillas. Leía despacio, pronunciando con dificultad las palabras difíciles, señalándolas una a una con el dedo índice, como quien sigue el mapa de una región misteriosa y mágica.

**En un lugar de Machachi**



19 Un sábado soleado, Manuel fue con don Medario donde el herrero, don Ildefonso Quevedo, un hombre soñador que siempre tenía alguna historia extraordinaria que contar de muertos o aparecidos, o de misteriosas ciudades, llenas de oro, dentro de los cerros. Esto le había acarreado la fama de loco, pero, como era bueno en su oficio, aceptaban sus rarezas, puesto que el herrero era uno de los más importantes personajes de un pueblo en una época en la que solo se utilizaban caballos y las herraduras eran imprescindibles.

Llegaron en sus caballos. Manuel montado en Relámpago y don Medario, en Cerrojo: un tordillo, casi gris, de cola larga y canosa. No obstante, aquel día no iban a hablar de herrajes ni herraduras, sino de tesoros. Don Ildefonso utilizaba la fragua para ablandar el hierro y el martillo para moldearlo y formar las herraduras y, como buen herrero, se ayudaba

en sus tareas con unas horquetas de acero, herramientas que también sirven para buscar metales escondidos cuando tienen un imán en cada punta.

20 Cuando la gente sospechaba que había oro o plata enterrados, salía una noche de luna nueva; es decir, una noche muy oscura, hacia el lugar indicado. Generalmente buscaban junto a una pared vieja, debajo de un árbol frondoso o en una zanja. Si veían salir luces o espirales luminosas, a las que llamaban *candela*, era señal de que allí había un tesoro escondido; entonces usaban las horquetas para detectar el sitio preciso. Agarraban estas herramientas por el mango, recorrían el lugar lentamente y cavaban en el punto donde las horquetas se inclinaban por sí solas.

Don Medario y don Ildefonso tenían un acuerdo: uno conocía el lugar; el otro era dueño de las horquetas. Como esa noche había luna nueva, solo quedaba por definir la hora. Hablaron en voz baja y coordinaron todo en minutos. Irían cinco personas, por consejo del herrero, quien aseguró que ese era el número de la suerte para encontrar tesoros: don Ildefonso, con un ayudante llamado Antonio; don Medario, con Manuel y su compadre Lucho, el que le había vendido a Momitila.

—Oiga, don Medario, ¿y si el ayudante de don Ildefonso no guarda el secreto y avisa a otros? —preguntó Manuel ya de regreso a la chacra.

Antonio no era conocido. Había llegado de la capital recientemente, sin tener parientes ni familia en el pueblo.

—No, guambrito. La gente piensa dos veces antes de engañar a un chagra. Porque, más temprano que tarde, el chagra lo averigua —aseguró don Medario, asintiendo varias veces—. Esta es nuestra oportunidad de encontrar un tesoro con la ayuda de Ildefonso; sino, continuaremos intentando. Estoy seguro de que en un lugar de Machachi...

—En un lugar de Machachi... —repitió soñador Manuel y cambió el tono de voz al de un narrador—: En un lugar de Machachi, de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo ha, vivía un hidalgo de los de lanza...

—¿Qué dices, guambra, con palabras tan raras? No hablamos de ningún Hidalgo, porque los Hidalgo son de Latacunga. Ildefonso es Quevedo de apellido y no tiene ninguna lanza sino las horquetas que necesitamos.

Manuel se quedó callado. No quiso decir que así comenzaba el primer capítulo del libro de sor Carmencha por temor a las burlas de don Medario.